

El fin de la edad de oro

“Los dioses Olímpicos crearon una raza de hombres mortales de oro que vivió en los tiempos en que Cronos era el soberano del cielo. Vivían los dioses, sin penas, trabajos, ni sufrimientos y no conocían la vejez. Cuando morían era como si hubieran sido rendidos por el sueño. La tierra, fértil sin ser forzada, les ofrecía sus frutos de manera abundante, y vivían con comodidad y paz en sus tierras con muchas cosas buenas y eran queridos por los dioses”.

*La edad de Oro. Las cinco edades del mundo.
Hesíodo, Los Trabajos y los días*

La economía del imperio norteamericano experimentó, en estos últimos diez años, una expansión realmente notable. Tres factores posibilitaron este proceso: (1) la brillante política monetaria ejecutada por Alan Greenspan; (2) la expansión del INTERNET y el dinamismo de las industrias de alta tecnología; y (3) el boom financiero generado por la globalización y los cambios en la tecnología financiera. Como consecuencia, los ciudadanos norteamericanos conocieron una nueva edad de oro.

En efecto, el dinamismo económico impulsó el empleo y los salarios reales; el boom financiero posibilitó un incremento en la riqueza y el patrimonio personal de la mayor parte de las familias norteamericanas; la aparición continua de nuevos artículos de consumo y la difusión masiva del INTERNET facilitó la mejora en la calidad de vida, al disminuir la monotonía e intensidad de la jornada de trabajo y producir un refinamiento de las costumbres y cultura del pueblo norteamericano.

Las élites norteamericanas se sintieron, finalmente, triunfadoras y, repitiendo el ejemplo de otros intelectuales de imperios ya desaparecidos, proclamaron el Fin de la Historia. ¿Acaso, no habían finalmente descubierto los norteamericanos el secreto tan largamente acariciado por los hombres? ¿No demostraban los hechos consumados la superioridad indiscutible de la sociedad y cultura norteamericana frente a otras propuestas semejantes? ¿Quién sino derrotó en dos ocasiones al Totalitarismo en el último siglo del segundo milenio? Acompañó, por esta razón, a la prosperidad una intensa campaña ideológica que tenía como objetivo fundamental difundir a todos los pueblos del mundo las virtudes de la sociedad abierta y de libre competencia. El proyecto postuló un nuevo orden mundial basado en estos principios, un programa concreto de acción, y una ejecución efectiva en la mayor parte de las regiones del Mundo. Lentamente, en un inicio, y luego, con una velocidad creciente, el nuevo programa consiguió despertar el entusiasmo y apoyo de todas las élites del planeta. Nació, en esta forma, condensado, riguroso, lógico e indiscutible, el pensamiento único, la expresión del mismo fueron los distintos programas de ajuste estructural ejecutadas por todos los gobiernos de América Latina.

El contexto anterior al Atentado

La Historia, como descubrieron atónitos y estupefactos los habitantes de Nueva Cork, no había terminado. En realidad, sigue como siempre su curso acostumbrado. Alumbrando lentamente nuevas posibilidades, e insinuando, no obstante el vano afán de los intelectuales americanos, nuevos y más brillantes caminos. Gradualmente, en distintas regiones del Mundo y el mismo Estados Unidos, aparecieron contradicciones evidentes: guerras de pequeña intensidad, epidemias sin control, conflictos tribales, quiebras, crisis económicas, atentados terroristas ejecutados por los propios norteamericanos y dirigidos contra los mismos norteamericanos, suicidios voluntarios, fanáticos religiosos; y niños que, con armas en las manos e impulsados por una

violencia incomprensible, deciden unilateralmente ultimar a sus compañeros de clase en una escuela pública también norteamericana.

Un temprano refelejo de la fuerza de la historia fue el fin de la prosperidad económica del Japón. La economía más exitosa del planeta, la misma que creció por 30 años jamás interrumpidos a ritmos que fueron la envidia del Mundo Industrializado, sufrió, a inicios de la década de los 90, una catástrofe financiera al derrumbarse la bolsa de Valores (el índice Nikkei) y, con él, todo el sistema financiero del Japón, ha vivido una parálisis de la que todavía no logra escapar. Sus millonarios, por supuesto, han dejado de aparecer en los listados que todos los años confeccionan las revistas de negocios editadas por las Casas Editoriales del Imperio y han sido sustituidos, quizás con alivio y beneplácito, por nuevas fortunas que esta vez son norteamericanas.

La segunda advertencia ocurrió cinco años después cuando Méjico, el socio predilecto de los Estados Unidos y la primera nación latinoamericana admitida al Club exclusivo del Imperio, descubrió que, a pesar de todos sus esfuerzos, todavía era parte del Extremo Occidente (América Latina). Los campesinos de Chiapas habían decidido que el proyecto globalizador americano y el discurso de su clase dirigente, después de todo, sólo los empobrecía y, por esta razón, sólo quedaba protestar. A los pocos meses, estalló la segunda crisis mejicana, y con ella la secuencia usual de eventos: la devaluación del peso, la recesión, y el paquete financiero salvador. Tampoco, en esta ocasión, los intelectuales norteamericanos notaron la advertencia. ¿No han demostrado, acaso, los pueblos latinoamericanos a lo largo de la historia una notoria dificultad para asimilar las ideas fundamentales del pensamiento único? Muchos profesores norteamericanos escribieron, en esta ocasión, profundos y meditados ensayos, sobre la influencia de la cultura en el desarrollo económico; y programaron conferencias en las principales del Extremo Occidente para explicar nuevamente a los gobernantes de América Latina los principios fundamentales de la sociedad abierta y de libre competencia. El sistema circulatorio norteamericano es, sin duda, el más eficaz y sólido del mundo. La historia, sin embargo, siguió su curso con la misma fuerza y regida por las mismas leyes.

Tres años después de la crisis mejicana, se desató en el Extremo Oriente, la región de mayor éxito económico del mundo, una nueva crisis financiera que, dada su magnitud, remeció la estructura fundamental del Nuevo Orden Americano. Tailandia, en un inicio, se vio forzada a devaluar su moneda, y luego, en rápida sucesión todas las nuevas economías emergentes. Después de Asia, siguió Rusia, y finalmente, América Latina. Con la crisis asiática, terminó la falaz prosperidad de los nuevos mercados emergentes y, el Nuevo Orden, mostró con diáfana claridad sus problemas más importantes. La crisis no fue advertida por las Instituciones Multilaterales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial. Tampoco fue pronosticado por los numerosos investigadores económicos contrados por la Red Imperial de Información. Para salvar las apariencias, fue introducido el concepto de fragilidad financiera y se postuló la conexión esencial de todo el sistema económico mundial. Los intelectuales norteamericanos notaron, con horror, preocupación, y curiosidad, como las viejas ideas se resistían a morir. Se discutió, por pocos meses, la coyuntura financiera y, finalmente, se diseñaron y ejecutaron planes para combatir los efectos de la coyuntura financiera. La discusión puso, en evidencia, después de 30 años, el grado de corrupción de los dirigentes asiáticos y los principales problemas estructurales de las economías del Extremo Oriente. Aunque los asiáticos han demostrado una mayor capacidad que los latinoamericanos, para asimilar los principios de la sociedad abierta y de libre competencia, no han comprendido plenamente sus principios y han cometido, guiados quizás por su excesiva vocación colectivista, errores fáciles de solucionar y remediar. Deben, también, ellos si desean ser exitoso en la nueva era iniciar un programa de

reforma estructural para consolidar y mantener sus logros. La Sociedad Americana, por ejemplo, superó, en poco meses la crisis, y el crecimiento y la prosperidad continua su rápido curso.

La Cuarta advertencia se produjo al iniciarse el Nuevo Milenio. Fue menos espectacular, más difícil de advertir, pero tendrá, a la larga consecuencias más profundas y durables. Cuando, en Seattle, los Ministros de Comercio del Mundo, celebraban una conferencia para profundizar a globalización, ocurrieron protestas y manifestaciones que obligaron a suprimir el evento. Estas manifestaciones marcaban el nacimiento del movimiento mundial contra la globalización y, mostraban, la eficacia de la red mundial de comunicación para diseñar nuevas técnicas de organización. El éxito de Seattle mostró a muchos el camino. La red de computadoras permitirá superar con facilidad los mecanismos de control montados por los Estados, intercambiar información, y coordinar acciones de protestas simultáneas en diferentes sitios del Planeta, así mismo, difundir ideas censuradas, publicar boletines informativos, realizar conferencias de coordinación, es decir, el diseño y discusión de una alternativa al Nuevo Orden Mundial. Quedó, así, claro para todos los descontentos que las protestas deberían tener una naturaleza global. Ante la globalización del capital se debe oponer una respuesta organizada a escala global. Después de Seattle, siguieron similares protestas en Génova, Nápoles y Montreal. El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, en realidad, no han podido organizar con tranquilidad conferencias de coordinación internacional en un ambiente tranquilo y sosegado. En muchas páginas de INTERNET se exhiben los símbolos del movimiento global anti-globalización: una bandera roja y una aguililla negra.

Finalmente, el flujo de la historia llegó a los Estados Unidos. El primer evento tuvo lugar hace ya un año cuando se produjo, finalmente, el derrumbe del índice NASDAQ que marca la cotización de las acciones tecnológicas, y con él, la paralización de la inversión del núcleo más dinámico de la economía americana. Después de la caída del NASDAQ, se paralizó la tasa de expansión del Comercio Electrónico, se interrumpieron las innovaciones en la industria de las comunicaciones y de computadoras, se comprobaron las debilidades de las nuevas empresas virtuales y, como consecuencia, se produjo una caída abrupta en la tasa de formación de capital de los Estados Unidos. Nuevamente, aparecieron los despidos, las quiebras y los problemas financieros. El ritmo de crecimiento se redujo notablemente, y las regiones más integradas al corazón económico del imperio experimentaron retrocesos verdaderamente espectaculares. La nación isla de Singapur, por ejemplo, experimentó una reducción de 30 por ciento en sus importaciones y de 15 por ciento en los índices económicos que miden el dinamismo de la actividad industrial. Taiwan, otra nación asiática, estrechamente ligada al núcleo tecnológico de la economía mundial ha experimentado índices similares de retracción económica. En Agosto, un mes antes del atentado en Nueva York, la actividad industrial en el mundo estaba prácticamente paralizada: las economías de las naciones más avanzadas del planeta estaban nuevamente en recesión. Es, en este contexto económica que se produce el atentado de Nueva York.

¿Qué pasará ahora? ¿Ha estallado la guerra de Civilizaciones pronosticada por Huntington, el más conocido científico político norteamericano? Nadie lo sabe con exactitud, pero por supuesto, la Historia sigue su curso.